



Historia Crítica

ISSN: 0121-1617

hcritica@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

Sauvage, Pierre

Una historia del tiempo presente

Historia Crítica, núm. 17, julio-diciembre, 1998, pp. 59-70

Universidad de Los Andes

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81111329005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# una historia del tiempo presente

Pierre Sauvage\*

En este artículo quiero referirme a un concepto aparecido en la historiografía francesa hace unos veinte años: la historia del tiempo presente. El Centro Nacional de Investigación Científica fundó en París en 1978 el Instituto de la historia del tiempo presente. Dicha creación supuso un giro en la historiografía francesa.

En primer lugar, haré un resumen de las características de esta historia; luego recordaré las circunstancias de su aparición, así como los métodos que introdujo. Finalmente, subrayaré los problemas que plantea esta historia al conjunto de los historiadores.

En el desarrollo de este trabajo me he valido de dos obras aparecidas en el primer lustro de la década de los noventa: *Preguntas a la historia del tiempo presente*<sup>1</sup> y *Escribir la historia del tiempo presente*<sup>2</sup>: Estas dos obras resumen en sí mismas las contribuciones de los distintos historiadores que se ocupan de la historia del tiempo presente.

## características de la historia del tiempo presente

En la historiografía francesa se califica habitualmente de historia contemporánea a todo el período que va desde la Revolución francesa (1789) hasta la Segunda Gue-

---

\* *Profesor de Historia Contemporánea, Universidad de Notre-Dame de la Paix, Namur, Bélgica.*

ra Mundial. Se toma la Revolución francesa como punto de partida, ya que supone la ruptura con el Antiguo Régimen y anuncia el advenimiento de los nuevos tiempos de la sociedad moderna.

El hecho de que para el común de los historiadores la historia llamada contemporánea finalice con la Segunda Guerra Mundial, no es más que un puro reflejo profesional. Los historiadores estiman, en efecto, que no disponen de suficiente perspectiva para juzgar los hechos con serenidad y que, además, no siempre se les garantiza el acceso a los archivos. Sabemos, en efecto, que hasta 1982 no se impartía en la enseñanza secundaria clásica francesa, la historia del mundo contemporáneo posterior a 1945. Está claro que el adjetivo "contemporáneo" unido a la historia, es sencillamente inadecuado. "Contemporáneo" significa lo que ocurre en el momento en que uno vive y de 1945 nos separa más de medio siglo.

De este modo, de 1945 a nuestros días hay todo un período abandonado, sin "cultivo". Ha sido dejado de lado por los partidarios de la nueva historia que se interesaban sobre todo por el Antiguo Régimen. A este período es precisamente al que van a dedicarse los historiadores del tiempo presente. Estos historiadores han evitado el calificativo "contemporáneo" dada la significación precisa de dicho adjetivo. Han elegido la expresión "tiempo presente" que a primera vista puede parecer paradójica. El tiempo presente no es pasado, por definición. Por lo tanto, no puede ser objeto de la historia. Al optar por el término "tiempo presente", los historiadores de este período han querido insistir en un punto central. Francois Bédarida, que fije el primer director del Instituto del Tiempo Presente, señaló: "La mayor innovación de esta empresa la constituye la interacción entre pasado y presente"<sup>3</sup>. De esta manera se propone vincular la intención profunda de uno de los fundadores de los *Ármales*, Lucien Febvre, para quien se debía "entender el presente por el pasado y, lo que es más, el pasado por el presente". De esa manera Bédarida definió la historia del tiempo presente, definición que es, al mismo tiempo, método y trámite. Es la gestión de un historiador implicado en el espíritu de su tiempo, que ha de hacer frente a una documentación a la vez abundante y lleno de lagunas, y que se siente obligado a situarse en relación con los actores de la historia, en permanente confrontación con algunos mecanismos de memoria.

Los historiadores del tiempo presente tenían muy claro el sentimiento de estar llenando una laguna. Bédarida, al respecto, escribió: "Experimentamos en diferentes grados un cierto déficit teórico en la historia de lo contemporáneo, así como una desconfianza constitutiva, aquí más clara que en otros campos de la historiografía francesa, con respecto a toda forma de conceptualización o de modelización".

¿Cuáles son las fronteras de esta historia? El tiempo presente, de acuerdo a Bédarida, abarca una secuencia histórica definida con dos balizas móviles: río arriba, la duración de una vida humana (la de los testigos); río abajo, una frontera difícil de situar entre el momento presente (la actualidad, la cara de la historia) y el instante pasado.

Estos historiadores en su conjunto han elegido la Segunda Guerra Mundial como punto de partida del período estudiado, lo que no puede interpretarse como una casualidad. Según la expresión de Jean Pierre Azéma, este acontecimiento constituye la matriz del tiempo presente<sup>4</sup>, porque trastoca el curso de las cosas y desencadena los fenómenos nuevos que todavía hoy vivimos. ¿Qué papel desempeña en esto la Segunda Guerra Mundial? Este conflicto bélico no deja de inspirar las estrategias al mundo entero, de ser una actitud de memoria (basta recordar las celebraciones del fin de la Segunda Guerra Mundial en Europa) y de influir en nuestras mentalidades. Desde Auschwitz e Hiroshima, políticos y ciudadanos responsables se han visto en la necesidad de pensar en la historia de manera diferente.

Es evidente que con el transcurrir de la historia, habrá de modificarse el punto de partida de la época del tiempo presente.

### **las circunstancias de su aparición**

La fundación del Instituto de Historia del Tiempo Presente no desencadenó de manera súbita el interés de los historiadores por el período que sigue a la Segunda Guerra Mundial. Este interés data de mucho antes. Puede decirse más bien que la fundación del Instituto significó la madurez en la toma de consciencia de un grupo de historiadores convencidos de la necesidad de estudiar seriamente esta rama de la historia.

Hay una serie de hitos fáciles de identificar en esta toma de conciencia. Los universitarios de la posguerra acometieron el análisis de los periódicos, muy abundantes en esta época, los cuales se referían directamente a la actualidad.

A mediados de los años cincuenta apareció un trabajo innovador del historiador Rene Rémond sobre las derechas en Francia. La obra es significativa y recibió una acogida favorable. Rene Rémond desempeñó un papel fundamental en la promoción de esta historia del tiempo presente. Ya en 1957 había escrito un Alegato de la historia abandonada<sup>5</sup>, la del período de entreguerras. A propósito de esta polémica, Rémond escribió: "En 1957 escribí un artículo titulado "Alegato por una historia

abandonada. Se trataba de una invitación dirigida a los historiadores para que no abandonaran en manos de otros el estudio de los períodos recientes y muy especialmente para que no esperaran más tiempo en hacerse cargo del período de entreguerras. En aquel momento, había pocos trabajos de historiadores sobre los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial (...). Los historiadores estaban acostumbrados a dejar pasar medio siglo entre los hechos y el momento en que empezaban a estudiarlos con una perspectiva histórica. Se dejaba a otros -comentaristas de la actualidad, periodistas, ensayistas- que procedieran a una primera evaluación del pasado. Esta reserva de los historiadores con relación al pasado próximo es una actitud antigua, más acusada en Francia que en el extranjero. Esto se debe en primer lugar a las tradiciones administrativas que regulan entre nosotros la comunicación de los archivos (...). La segunda razón de esta reserva era la convicción de que la objetividad no es posible sino cuando las pasiones se apaciguan, se apagan las querellas: porque no se puede ser al mismo tiempo actor o testigo e historiador; se pensaba que era preciso esperar a que los contemporáneos desaparecieran para que pudiera escribirse la historia con serenidad. Bien pensado, ninguna de estas dos razones me parece decisiva. Se puede hacer labor de historiador sin recurrir siempre a los archivos, que, de todas formas, no reflejan sino una parte de la realidad. Si se espera demasiado, uno se ve privado de aportaciones tan esenciales como el testimonio de los interesados y de un buen número de documentos personales, y no es seguro que no se pierda con el cambio"<sup>6</sup>.

Jean-Baptiste Duroselle, historiador de las relaciones internacionales, planteaba la misma idea, cuando escribía: "Cuando el historiador se refiere a hechos tan próximos a nosotros que un gran número de actores vive todavía, tiene el deber de preguntarles"<sup>7</sup>.

El tercer momento se relaciona con el trabajo del periodista Jean Lacouture, un apasionado de la historia, quien en 1963 lanzó la colección "historia inmediata". En estas obras se abordan los grandes hechos contemporáneos. Este mismo periodista escribió un importante artículo sobre la historia inmediata en la colección la nueva historia<sup>8</sup>. Después de proponer una definición de la operación histórica específica a la historia inmediata "próxima, participante, a la vez rápida en la ejecución y producida por un actor o un testigo cercano al acontecimiento", el autor tuvo a bien considerar la dificultad de delimitar el campo de esta historia y el carácter inaccesible de esta inmediatez que proviene de la misma operación histórica, que es "división, selección, exclusión, colección y supone la intervención de un mínimo de medios técnicos de mediación..."<sup>9</sup>.

En este artículo, el autor desarrolla con gran maestría los temas importantes para los historiadores del tiempo presente, particularmente las fuerzas y los problemas de la historia inmediata, el problema de la objetividad y evalúa las consecuencias del "retorno del acontecimiento" en el campo de la historia.

Un nuevo jalón en esta evolución de la historia del tiempo presente se produjo en los años sesenta, cuando un buen número de historiadores de oficio tomaron la costumbre de extender sus campos de investigación a años muy próximos, particularmente la década de los treinta y al período de posguerra.

Por último, en 1974, en una brillante síntesis intitulada *Hacer la Historia* aparecieron dos artículos que abrieron las puertas a lo muy contemporáneo, incluyendo lo político (Q. Julliard, *La Política*) y al concepto de acontecimiento (P. Nora, *El retorno del acontecimiento*).

De esta breve cronología se pueden señalar tres factores que han favorecido la afirmación de la historia del tiempo presente. En primer lugar, el retorno de lo político al campo de las investigaciones históricas. Este campo había sido olvidado por la Nueva historia porque era considerado como demasiado factual. Los historiadores que se ocupan de lo político constituyen la vanguardia de la historia del tiempo presente. Entre ellos cabe destacar a Rene Rémond. La obra colectiva *Por una Historia Política* (1988), por él dirigida, hizo época. Constituye la culminación en el proceso de afirmación de la historia de lo político y, es a la vez, el punto de partida de una aventura científica que explora la época reciente. Desde este punto de vista se le puede considerar como un texto fundador.

En segundo lugar, la afirmación de esta historia se ha favorecido por la preocupación común a una generación de intelectuales -periodistas, politólogos, sociólogos e historiadores- que buscan intentar explicar el presente, dada la aceleración de la historia.

Finalmente, ha intervenido un tercer factor: la demanda social. La opinión considera que la historia puede iluminar el presente. Esta demanda puede ser ejercida de distintas maneras: una búsqueda de identidad (por ejemplo, los patrones que piden a los historiadores que hagan la historia de sus empresas), o un informe (el presidente de la Comisión episcopal de Francia solicita a un grupo de historiadores que realicen un informe circunstancial sobre Paul Touvier, católico francés colaborador de los nazis que mandó ejecutar a los judíos durante la Segunda Guerra Mundial). En este caso el trabajo de los historiadores bajo la dirección de Rene Rémond se llevó a cabo con un ejemplar rigor intelectual. Los redactores no han

ocultado las imprudencias e incluso la ingenuidad de algunos hombres de importantes iglesias. Han demostrado honradez e independencia.

Esta demanda social, desde hace unos diez años, se manifiesta claramente en el mundo de la edición. El extraordinario incremento de libros de bolsillo que consagran colecciones enteras al tiempo presente, es significativo (Seuil, Flammarion, Gallimard). Nuevas revistas han aparecido: *Siglo Veinte* *El Boletín del Instituto de Historia del Tiempo Presente* y *la Historia* (revista mensual dedicada a un público más amplio). Todas ellas han cosechado un impresionante éxito.

No podemos ignorar la respuesta de otros medios (radio, cine, televisión) a esta demanda social ya que dan prueba de la importancia del lugar conseguido por la historia del tiempo presente. En Bélgica, la radio ha consagrado una larga serie de emisiones (durante cuatro años) a la Segunda Guerra Mundial. En Francia, dos cineastas han realizado una película sobre la guerra de Argelia (*la guerra sin nombre*), basada fundamentalmente en testimonios. Así mismo, R. Lanzmann produjo también con base en testimonios otra película de nueve horas de duración sobre el genocidio de los judíos durante la Segunda Guerra Mundial (*Shoa*).

### **reflexiones metodológicas y epistemológicas**

Desde el Instituto de Historia del Tiempo Presente se ha emprendido una importante reflexión sobre estos tópicos; sin embargo, no se puede decir que este esfuerzo haya llegado a su plena madurez. Los historiadores del tiempo presente están convencidos de que en lo concerniente al método, han realizado una ruptura con la historiografía tradicional. Francois Bédarida señaló un conjunto de prácticas que diferencian a los historiadores del tiempo presente de los demás historiadores: la utilización de nuevas fuentes (especialmente orales), el enfoque comparativo y pluridisciplinario mantenidos por el diálogo e intercambio con las demás ciencias sociales; la voluntad de reintroducir la larga duración en el tiempo presente; el deseo por descubrir las relaciones complejas entre rupturas y continuidades.

Para presentar los problemas de método que se le plantean a los historiadores del tiempo presente es de gran utilidad un artículo de Jacques Le Goff<sup>10</sup>. Este historiador medievalista francés presta una especial atención a las problemáticas de la historia. En este artículo, en el que el autor se sitúa frente al tiempo presente, subraya que la historia del tiempo presente es necesaria y difícil. Necesaria cuando

afirma que el aguijón del presente, del hoy, es esencial en su reflexión de medievalista porque le obliga a poner en tela de juicio sus interpretaciones de la Edad Media para confirmarlas o corregirlas. Difícil, por tres razones: en primer lugar, a causa de las fuentes. El historiador del tiempo presente tiene que afrontar una enorme abundancia de fuentes de todo tipo (de lo escrito a la audiovisual, pasando por el testimonio oral). Desde este punto de vista, al historiador del tiempo presente se le considera un privilegiado con relación a sus colegas de otros períodos. No corre prácticamente nunca el riesgo de verse privado de documentación. Sin embargo, el reverso de la medalla consiste en que la abundancia de fuentes exige elegir y seleccionar. El rigor del oficio de historiador entra más que nunca aquí en juego. Si no se conoce el contexto, si se carece de un método seguro para criticar los documentos, se corre el riesgo de naufragar en un mar de palabras e imágenes. Es por esto que las nuevas fuentes, es decir, las que no son escritas, reclaman métodos nuevos de análisis y de crítica. El análisis de las imágenes, fijas o en movimiento, exige métodos propios; la prensa no es simple reflejo de la opinión, sino el resultado de una mediación. Es muy importante, por consiguiente, conocer muy bien el funcionamiento de este medio; lo mismo ocurre con la televisión. En pocas palabras: no se puede asimilar el testimonio oral a la pura y simple transcripción de las declaraciones de unos testigos.

El testimonio oral merece algunas reflexiones específicas. Dicho testimonio posee dos características especiales que suponen al mismo tiempo su riqueza y su debilidad. Por una parte, en la entrevista hay una especie de juego a las escondidas entre el historiador y el testigo. El historiador pregunta (es el que sabe); el testigo, el interrogado, es quien tiene la vivencia. Se trata de dos subjetividades inmediatas que se conjugan bien para aclarar las pistas o bien para embrollarlas. De otra parte, el historiador ha de adoptar una actitud en el transcurso de la entrevista en la que la proximidad y la distancia se entremezclan. Distancia, para permitir al testigo que haga una lectura del pasado en plena libertad ; proximidad, para lograr que haya un clima de confianza necesaria a la palabra verdadera. Para adoptar esta actitud (distancia y proximidad) al historiador le conviene inspirarse en procedimientos sacados de otras disciplinas. Puede servirse de las aportaciones de la sociología para hacer las encuestas y darles forma. Igualmente puede beneficiarse de las aportaciones de la psicología y del psicoanálisis. Ha de saber que las dudas, los silencios, las repeticiones inútiles, los lapsus, los desvíos y las asociaciones forman parte integrante, si no estructural, del testimonio.

La segunda fuente de dificultades proviene de la implicación personal del historiador. La historia del tiempo presente se prolonga en el transcurso de los hechos. El



historiador puede entonces experimentar ciertas dificultades que habrán de conciliar compromiso personal y deber profesional. La pasión, la idea preconcebida, corren el riesgo de dominarle y como consecuencia, torcer, desviar su visión de la realidad. La dificultad se pone de manifiesto en la redacción de la historia de los períodos más recientes, en los manuales escolares de enseñanza media, de lo que no están ausentes los intereses políticos. Así se explica que la llegada de F. Mitterand a la presidencia de la República francesa en 1980 fuera presentada de distintas formas según la ideología de los redactores. Jacques Le Goff confiesa que este riesgo también existe en cuanto a la lectura de los períodos más remotos. No obstante, reconocer que, en este caso, al historiador de los otros períodos le es más fácil tomar distancias con relación a sus afirmaciones, ya que la distancia temporal está objetivamente presente. Nunca un historiador de la Edad Media o Moderna podrá vivir lo que narra.

La tercera fuente de dificultades consiste en la ignorancia del mañana. El historiador del tiempo presente en comparación con sus colegas estudiosos de otros períodos, se encuentra desprovisto de todo. Sus colegas saben lo que pasó después de los hechos que explican. Conocen la continuación de la historia, lo que no deja de ser una gran ayuda. El historiador del tiempo presente está inmerso en una historia inacabada. Señala acontecimientos que no han terminado de producir sus efectos (por ejemplo, en cuanto a la caída del muro de Berlín, en noviembre de 1989, se están haciendo planos para la reconstrucción del centro de la ciudad). Su gran desventaja consiste en tener que dibujar curvas en las que tan sólo conoce la mitad o el principio. Sabe mejor que nadie lo que significa el peso de la suerte, la parte ocupada por la libertad de los hombres en su conducta respecto a los acontecimientos. Por consiguiente, y a diferencia de los otros historiadores, se ve reducido a construir hipótesis de las que ya de antemano conoce su fragilidad. Estas hipótesis serán menos frágiles en tanto cuanto se haya tomado el trabajo de poner al día las raíces de los hechos que estudia. Esta afirmación no significa que el conocimiento del pasado explique todo el presente. Se puede entender, sin embargo, que este conocimiento del pasado suministre elementos interesantes para explicar el presente. Es difícil de entender, por ejemplo, el alcance y la transcendencia del acuerdo de Washington firmado entre Rabin y Arafat si no se conoce la larga y trágica historia del conflicto palestino-israelí.

Después de haber subrayado estas dificultades, Jacques Le Goff aconseja cuatro actitudes a los historiadores del tiempo presente: leer el presente, el hecho, con profundidad histórica suficiente y pertinente a fin de poder integrarla en la larga duración; guardar un afinado espíritu crítico con relación a las fuentes; esforzarse

por explicar, y no contentarse con describir o contar y, por último, jerarquizar los acontecimientos, es decir, distinguir la peripecia del hecho significativo e importante.

### **nuevos campos de estudios para el historiador**

La memoria constituye uno de los estudios privilegiados para los historiadores del tiempo presente. Su fuerza reside en la posibilidad de interrogar a los testigos. Los testimonios orales no son el fiel reflejo de la experiencia pasada. Estos testimonios no presentan lo vivido en bruto. Proporcionan lo que el recuerdo conserva de lo vivido, lo que ha hecho de él. Desde este punto de vista, los testimonios orales permiten corroborar el trabajo de la memoria, dejan seguir los enredos, las rupturas, los encuentros entre memoria individual y colectiva. Permiten, en suma, el estudio de la relación entre historia y memoria. Se puede afirmar que la historia de la memoria constituye desde hace diez años un campo específico, casi una nueva manera de hacer la historia. Existe a este respecto una publicación muy significativa. Se trata de tres volúmenes aparecidos entre 1980 y 1993, bajo la rúbrica de "lugares de la memoria". Son el resultado de un trabajo colectivo bajo la dirección de Pierre Nora. La obra fue el fruto de un seminario dirigido por el mismo Nora entre 1978 y 1981 en la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales de París. El punto de partida fue el siguiente : la rápida desaparición de la memoria nacional en Francia lo llevó a redactar un inventario de los lugares en los que se había inscrito la memoria: museos, archivos, cementerios, colecciones, fiestas, aniversarios, monumentos, santuarios y asociaciones.

Estos trabajos sobre la memoria intentan comprender especialmente la memoria de un acontecimiento histórico extraordinario: Primera Guerra Mundial, Guerra de Argelia, Segunda Guerra Mundial, el nazismo, etc. Es el examen de la memoria de los grupos directamente interesados en un hecho pasado a causa precisamente de su papel en la formación y en el mantenimiento de la identidad colectiva: la memoria obrera, la de las mujeres, la judía, etc.

Otro historiador del tiempo presente, Jean-Jacques Becker, explica que en varios aspectos la memoria es objeto de historia<sup>11</sup>. En primer lugar, como fuente. Se trata de una fuente a la cual uno no deja de apelar porque permite completar otras fuentes o sustituir a las ya perdidas. Eso es lo que se llama memoria oral. Los especialistas de la historia oral se han visto obligados a interrogarse por las relaciones entre historia y memoria. Se han preguntado cómo reaccionaba la memoria frente a tal o cual tipo de acontecimientos. Frente a los hechos dolorosos del pasa-

do tales como la guerra de Argelia y el gobierno de Vichy, los testigos se han visto tentados a responder en el buen sentido de la historia, es decir, por lo que pasó después (actualmente en Francia está mal visto el hecho de haber sido favorable al gobierno de Vichy).

En segundo lugar, es objeto de la historia en la medida en que actué o influya en el funcionamiento de los historiadores, es decir, en la manera de orientar sus investigaciones, en la iluminación que dan de los análisis históricos. Si el historiador es honrado, habrá de interrogarse constantemente sobre los riesgos de deformación con que su propia memoria puede influir en la historia que escribe. Deberá hacer un esfuerzo por conocer lo mejor posible su propia memoria. Naturalmente siempre existe una parte de subjetividad en la búsqueda de la verdad, pero en el historiador la subjetividad deberá estar controlada, contenida. Si el historiador rechaza este control, la memoria deja de ser objeto de la práctica histórica, se convierte en dictador.

Por último, la memoria es objeto de la historia en la medida en que la memoria de los actores (los que hacen la historia) es un elemento importante en la evolución de las sociedades. En este sentido, la memoria es un poderoso factor de comportamiento político. Esto se pone de manifiesto, por ejemplo, en las permanencias de la geografía electoral, que es la traducción de las tradiciones culturales e ideológicas de una región, es decir, en la memoria de los habitantes. Otro ejemplo: en un momento en el que en las sociedades occidentales el comunismo es ya un fenómeno que pertenece al pasado, se necesitará mucho tiempo antes de que los hombres de una cierta edad que han vivido con temor al peligro comunista no lo trasluzcan en sus reacciones. Por ello se puede decir que la memoria es objeto de la historia para el tiempo presente al ser ella quien frecuentemente manda a la historia que se hace. Actuamos en el presente en función de la memoria que tenemos del pasado.

Como conclusión de las reflexiones metodológicas, quisiera demostrar en qué interroga la historia del tiempo presente a la disciplina histórica como tal, en su totalidad. Me inspiro para ello del artículo de Jean-Pierre Rioux "¿Se puede hacer una historia del tiempo presente?"<sup>12</sup>.

Esta historia, en primer lugar, pone en duda las certezas transmitidas por la escuela de los *Annales*. Esta corriente ha llevado a cabo un combate por señalar lo repetitivo significativo, por encontrar la larga duración portadora de un sentido oculto. Pero la larga duración tal como la forjara Braudel adiciona determinismos geográficos, socioeconómicos o antropológicos. Sin embargo, no siempre proporciona la

clave de la jerarquización de estos determinismos al estar convencida de que lo macizo es duradero y de que el enredo de las economías, de las sociedades y de las civilizaciones bastan para iluminar una lectura de la historia.

El estudio del tiempo presente trastoca esta idea. Efectivamente el estudio del presente hace que broten de lo cercano realidades más culturales e individuales, otro ensamblaje jerarquizado del tiempo. En el tiempo más contemporáneo se puede identificar la acción combinada de la personalidad individual (el cabecilla, el caudillo, el derrotado) y la del acontecimiento. Todo ello conmueve el valor operatorio y explicativo de lo cuantitativo y de lo repetitivo. El historiador del tiempo presente se ve así inducido a echar por tierra las filosofías de la historia que no tienen en cuenta todos los elementos de la realidad que es, lo sabemos, por definición, compleja.

En segundo lugar, la historia del tiempo presente saca a la luz la visión constante, cruel y enriquecedora a la vez, entre el tiempo pasado y el presente en la manera como los hombres se representan el tiempo (por ejemplo, la presencia de los hechos notables como las guerras en la construcción del presente). Esta historia pone de relieve la importancia de la representación del pasado como parte integrante del presente.

Para terminar esta presentación, necesariamente muy breve, quisiera presentar algunas reflexiones finales. Conocer las condiciones de nacimiento de la historia del tiempo presente en el mundo francófono permite comprender mejor la pertinencia de los problemas planteados por los historiadores de este nuevo período. Demuestra, además, que el tiempo presente no es solamente un campo nuevo de investigación que se añade a los otros períodos ya existentes debido al irremediable avance del tiempo, sino que es un nuevo enfoque del pasado que sirve al conjunto de historiadores. Por último, se percibe la fecundidad de los nuevos objetos de investigación inherentes a la historia del tiempo presente, sobre todo en lo que se refiere a las fuentes orales ya que permite dar cuenta de la manera como la memoria trabaja los recuerdos.

## **notas**

<sup>1</sup> CHAUVÉAU, A. y TÉTART, Ph. (responsables), *Questions à l'histoire du temps présent* Bruselas, Editions Complexe, 1992.

<sup>2</sup> Institut d'Histoire du Temps Présent *Écrire l'histoire du temps présent*, en *Hommage à François Bedarida*, París, 1993.

<sup>3</sup>"Temps présent et présent de l'histoire", en *Écrire...*, *op.cit.* p. 392.

<sup>4</sup>"La seconde guerre mondiale matrice du temps présent", en *Écrire...*, *op. cit.*, pp. 147-152.

<sup>5</sup>"Plaidoyer pour une histoire délaissée. La fin de la III République", en *Revue française de Science Politique*, no. 7, París, 1957.

<sup>6</sup> *Vivre notre histoire*, pp. 190-191.

<sup>7</sup> *L'Europe de 1815 à nos jours*, París, PUF, 1975, p. 20.

<sup>8</sup>"L'histoire immédiate", en *La Nouvelle Histoire*, bajo la dirección de Jacques Le Goff, Bruselas, Editions Complexes, 1988, pp. 229-254.

<sup>9</sup>*Ibid*, p. 230.

<sup>10</sup>"La vision des autres: un médiévaliste face au temps présent", en *Questions á...*, *op. cit.*, pp. 98-108.

<sup>11</sup>"La mémoire, objet d'histoire?", en *Écrire...*, *op. rit.*, pp. 115-122.

<sup>12</sup>"Peut-on faire l'histoire du temps présent?", en *Questions à...*, *op.cit.*, pp. 43-54.